

DOCUMENTO

El origen del conocimiento nuevo

UNA CONVERSACIÓN DE JULIÁN CARRÓN CON UN GRUPO
DE RESPONSABLES ESPAÑOLES DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

MADRID, 1 DE OCTUBRE DE 2017

FOTOS DE LUPE DE LA VALLINA



Ignacio Carbajosa. ¿Qué permite recuperar un juicio nuevo que abrace toda la realidad? ¿De dónde nos puede llegar luz para juzgar todo lo que está pasando estos días en España? «El punto de partida del cristiano es un Acontecimiento. El punto de partida de los demás es una cierta impresión de las cosas» («Acontecimiento y responsabilidad», *Huellas*, n.4/1998, p. III), decía don Giussani, tal y como nos recordaba Julián Carrón en la Jornada de Apertura de curso que tuvo lugar en Madrid el 1 de octubre. «Pero para que esto llegue a constituir el punto de partida», añadía Carrón, «es preciso que el Acontecimiento esté sucediendo ahora y que sea más potente que la impresión que me provocan las cosas».

Ese mismo día se estaba produciendo un referéndum sobre la independencia de Cataluña, convocado al margen de la Constitución española por el gobierno regional, en rebeldía frente al gobierno central. La intervención de la policía, siguiendo el mandato judicial de impedir la apertura de los colegios electorales, dejó imágenes de enfrentamiento y violencia. Las noticias eran confusas y cambiantes. Toda la sociedad española estaba sacudida por una gran tensión, en la que se mezclaban sentimientos de tristeza e indignación.

Sobre esto se hablaba durante la comida que siguió a la lección de Julián. Fue entonces cuando uno de los comensales, que trabaja en un colegio en la Cataluña rural, zona fuertemente independentista, cuenta lo que le había sucedido a una de sus alumnas en la Jornada de Apertura de curso de bachilleres, que había tenido lugar el día anterior, en Madrid.

Una alumna se levanta en la asamblea delante de doscientos cincuenta estudiantes y dice: «Soy independentista. Tengo mis motivos para serlo, pero no solo soy una independentista. Y estos días, de hecho, me pregunto constantemente quién soy. Me duele que me llamen “separatista”, como si yo solo fuera esto. Sin embargo, hay una cosa que sé con total certeza: quiero ser amada por encima de todo esto. Y me duele mucho sentirme juzgada constantemente». Acto seguido cuenta cómo ha vivido las semanas anteriores cargada

de prejuicios, en el ambiente separatista en el que vive. Prejuicios que tienen que ver con “Madrid”. Sin embargo, ha decidido ausentarse de su pueblo y viajar precisamente a Madrid, justo en una fecha tan significativa como el 1 de octubre, día del referéndum ilegal de «autodeterminación». De hecho, algunos de sus familiares van a pasar el fin de semana encerrados en un colegio para evitar que las fuerzas del orden lo cierren y eviten el voto el domingo.

¿Qué razón poderosa le mueve? Sigue contando la chica: «Hoy estoy aquí, lejos de Barcelona, porque la amistad con una amiga de Madrid me ha ayudado a despertar, a alejarme del escepticismo, a juzgar todo lo que estamos viviendo. Ella me está ayudando a vivir, a comprenderme a mí misma». La noche anterior, al llegar del largo viaje, el grupo de bachilleres de Cataluña había sido acogido en una parroquia de Madrid. Llegaban al sitio «que siempre se dice que nos oprime» con un cierto miedo a saber «cómo nos iban a mirar el resto de chicos». Durante la cena sucede el imprevisto: un abrazo a la vida de cada uno, una unidad desde un mismo corazón que desea, que sufre, que busca. Hasta el punto de que esta chica se sorprende pensando: «¡Ojalá mis padres estuvieran aquí! ¡Ojalá vieran esto todos mis amigos!». Cierra su intervención en la asamblea diciendo: «Después de estos días con vosotros, después de lo que he oído sobre mi corazón, mi deseo y Cristo, yo ya no puedo decir que soy distinta de vosotros. Yo soy una con vosotros».

En ese momento, Julián saltó de la silla, exclamando: «¡El acontecimiento sucediendo!».

El diálogo siguió así.

Julián Carrón. Solo el acontecimiento cristiano, cuando sucede, tiene la potencia de cambiar lo que nosotros ya hemos considerado imposible, como en este caso. ¿Qué otra cosa podemos decir sobre la situación actual, de qué otro juicio podemos partir? Tenemos que mirar lo que le ha sucedido a esta chica. En este momento no sirve

la ideología. Hay que ver el dato, porque si no, no se entiende lo que está sucediendo. Simplemente no vemos. Y el cristianismo se reduce a ideología pura. Puede ser hasta teóricamente perfecto, pero es ideología. Por eso, o nosotros partimos del acontecimiento que nos ha alcanzado o no salimos del atolladero. Porque no será ninguna dialéctica, discurso o razonamiento lo que logre sacarnos. De hecho, como bien sabéis, no han hecho más que incrementar la confusión.

Me parece decisivo ver cómo lo que has dicho en la Jornada de Apertura de curso desafía esa confusión.

Carrón. En muchas ocasiones nos parece que los “hechos”, como el que me acabáis de contar, son demasiado frágiles. Pensamos que sería más incidente algo distinto, que convenciera a muchos, que creara enseguida un amplio consenso. Sin embargo, en Juan y Andrés había empezado ya a suceder algo y ellos casi no se habían enterado. Jesús les conquistó poco a poco. Pero allí estaba algo que se fue revelando más determinante que todo lo demás. Y que ha cambiado la historia.

Lo que dices supone una conversión también para nosotros, los que estamos aquí. Yo llevo quince días en los que me tiemblan un poco las piernas: por las imágenes que ves, por lo que lees, por lo que escuchas, porque el mal no te deja igual, y el mal que estamos viendo te hace temblar.

Carrón. Por eso es preciso el silencio. Si no hacemos silencio, prevalece la confusión. El silencio no es un añadido; hacer silencio es establecer una lucha entre el hecho y las imágenes, entre el acontecimiento y nuestras impresiones, para que pre-

valezca el hecho. Pero esto requiere un trabajo de nuestra parte y con los demás. O introducimos a la gente en el trabajo necesario para que no prevalezca lo más instintivo, o si no, prevalece la impresión de cada uno sobre el acontecimiento. Ciertamente la impresión que dejan las cosas parece “estadísticamente” más fuerte que lo que habéis contado de esta chica. Pero la impresión que nos suscitan las cosas no tiene la potencia, la intensidad ni la verdad de lo que ha dicho esta chica. Al igual que todo lo que estaba sucediendo en el entorno de

Jesús no tenía la densidad ni el alcance de lo que estaba sucediendo en Juan y Andrés, de lo que nadie se percataba.

O nos dejamos impactar por el acontecimiento que sucede ante nosotros, o somos todos kantianos, porque estaríamos afirmando implícitamente que los hechos no pueden llevar a la verdad, es decir, no pueden ser portadores de una verdad universal. En cambio, vemos que en la experiencia de esta chica el acontecimiento que ha vivido (el encuentro con una amiga de Madrid, el abrazo que recibió en los dos días que pasó allí) le ha llevado a una verdad universal, que tiene que ver con

su familia, con sus amigos, con la historia. Que nosotros pongamos su experiencia como un hecho a seguir, el ejemplo de un método, supone un paso de conciencia absolutamente único. De este modo empezaremos a tener una posición verdaderamente original, en medio de la confusión, que puede hacernos interlocutores de todos. Fuera de esto solo queda la dialéctica. Nada nuevo: predomina la idea de “pasar por encima” del otro. Pero eso es viejo, ya lo hemos visto: siempre la idea de eliminar al otro de la faz de la tierra para afirmarse uno mismo. Ya hemos vivido una Guerra Civil con sus lamentables consecuencias, ¿qué más podemos esperar de seguir esa misma lógica?

En este momento no sirve la ideología. Hay que ver el dato, porque si no, no se entiende lo que está sucediendo. Simplemente no vemos

Quisiera comentarte una pregunta que me planteó una amiga. Yo tengo un juicio sobre ello, pero me gustaría saber tu opinión, que me dieras el nihil obstat...

Carrón. ¡Ni lo sueñes! Tenemos que aclarar este punto porque si no, no entendemos qué es la experiencia cristiana. Muchas veces la concebimos de manera dividida: por un lado está la experiencia que hago yo y por otro la autoridad, que viene a confirmarme si mi experiencia es verdadera. ¡No! Quizá no hemos entendido todavía el primer capítulo de *El sentido religioso*: o el criterio último de juicio está en nosotros, por tanto cada uno tiene en sí la capacidad de reconocer la verdad y no necesita ninguna confirmación externa a la experiencia, o el criterio viene de fuera, y entonces estaríamos todos alienados. Ciertamente, cada cual tiene luego la responsabilidad de hacer valer los criterios originales que pertenecen a su humanidad; de lo contrario, aceptaría como todos depender de un criterio ajeno, alienante, fruto de la mera reactividad, o conformarse con el juicio de otros.

Imagina que aplicas lo que estamos diciendo a Juan y Andrés, ¿a quién podrían haber acudido para que les diera la confirmación de la experiencia que estaban viviendo? A Jesús no podía ser, porque el juicio era sobre él.

A los fariseos.

Carrón. A los fariseos, al sanedrín, a Pilatos, a Herodes, al Imperio Romano... Evidentemente allí no habrían encontrado ninguna confirmación. ¡Y no existiría el cristianismo!

De acuerdo, ya lo he entendido...

Carrón. Lo has oído otras veces, pero no quiero dejar pasar esta ocasión sin que nos demos cuenta de lo que está en juego. Porque o el criterio para juzgar está verdaderamente dentro de nosotros, o el carisma se desvanece delante de nuestros ojos. Está en juego si el corazón del hombre puede reconocer la verdad. Ciertamente no la puede inventar, pero la reconoce apenas la percibe. En realidad, sin el Acontecimiento

no sabes siquiera lo que deseas. Tú lo reconoces solo cuando sucede. Nosotros podemos desafiar a todos justamente por esta unidad de la experiencia. Don Giussani nos dice que la fe es una experiencia presente, cuya verdad encuentra confirmación en la misma experiencia que hago, sin necesidad de que alguien me la confirme desde fuera. No necesito que nadie me diga que algo es verdadero. Si tú vas a comprarte unos zapatos, no necesitas que la dependienta te diga cuáles son los que corresponden a la medida de tu pie: te los

pruebas y tu pie te lo confirma. Porque si no, la dependienta podría tomarte el pelo y venderte los zapatos que no consigue colocar a nadie. ¡Ojo! Nosotros educamos a los hijos pensando que, en el fondo, ellos no tienen originariamente en sí mismos el criterio para reconocer lo que es verdadero, para confirmar si la experiencia que hacen es verdadera o no. Por tanto, nuestra capacidad educativa es igual a cero, porque no les desafiamos y no ponemos en marcha todo el dinamismo de su corazón, la totalidad del yo, para que puedan aprender de la experiencia. Esto desde el punto de vista educativo es fundamental.

En Juan y Andrés
había empezado ya
a suceder algo
y ellos casi no se
habían enterado.
Jesús les conquistó
poco a poco.
Pero allí estaba algo
que se fue revelando
más determinante
que todo lo demás



Hacer silencio es establecer una lucha entre el hecho y las imágenes, entre el acontecimiento y nuestras impresiones, para que prevalezca el hecho

En este camino, en esta experiencia, ¿cómo entra la autoridad?

Carrón. Una persona del Grupo adulto me dice: «¿Te puedo comentar una cosa?». Y yo para provocarla le digo: «¿Y por qué me lo preguntas a mí?». La *capo casa* [la responsable de la casa; ndr.] me contesta: «Porque tú eres la autoridad», como diciendo: «Ella cuenta una cosa, pero solo cuando la autoridad se lo confirma, entonces podrá estar segura». Le respondo: «No, la autoridad está dentro de ella, dentro de la experiencia que ha hecho ella». Ahora bien, si Juan y Andrés no se hubieran encontrado con Jesús, no habrían podido experimentar la correspondencia de esa presencia con su corazón. Por mucha “autoridad” que tuviera Jesús, sin esa experiencia de correspondencia con el corazón, no lo habrían seguido, no habrían podido seguirle razonablemente. Su autoridad venía de fuera, pero ellos la reconocieron gracias a lo que tenían dentro. En última instancia, la autoridad que tú sigues no es simplemente una realidad externa, sino la que te permite una experiencia de correspondencia tal que su carácter de autoridad se te impone desde dentro de la experiencia. Si no, cualquiera podría exigirte que le creyeras en virtud de un principio de autoridad. Hay muchos locos que dicen ser Napoleón, pero no tienen ninguna autoridad sobre ti. Y el primero que pasa por la calle no puede decirte: «Te lo explico yo, porque tú eres incapaz de comprender la realidad». También en el movimiento hay algunos que te dicen: «Te lo explico yo». El verdadero desafío educativo es a este nivel, porque siempre hay alguien que pretende explicarte las cosas, que dice saber más que tú. ¡Es de una presunción alucinante!

De acuerdo, pero yo puedo hacer experiencia, y aun así me encuentro con contradicciones.

Carrón. Perfecto. Ahora prueba a mirar las contradicciones u objeciones a partir de lo que tú mismo has dicho. La chica de la que me hablabais al principio no ha acabado su camino. Mañana cuando vuelva a su casa y a su ambiente, y se vea bombardeada de nuevo por la ideología...

Ya me ha escrito diciéndome precisamente esto: «Tengo miedo de lo que pasará mañana».

O nos dejamos impactar por el acontecimiento que sucede, o somos todos kantianos porque estaríamos afirmando implícitamente que los hechos no pueden ser portadores de una verdad universal

Carrón. El verdadero problema no es el miedo del día siguiente, sino si ella se ha dado cuenta de lo que ha vivido y de lo que ha llegado a afirmar el día antes, cuando estuvo aquí, en Madrid. El problema no es el lunes, cuando tienes que afrontar tu ambiente; el problema es el domingo, si te ha pasado algo verdadero y lo has reconocido. El problema es la verdad de lo que viviste “el día anterior”.

Con la convulsión de estas semanas, una de las cosas que me han parecido más impactantes es descubrir que Cristo no viene a garantizar que nos pongamos de acuerdo en todos los detalles de la vida, cuando yo pensaba que sí, como si todo tuviera que cambiar inmediatamente según nuestros planes.

Carrón. Esto es importantísimo. Cuando Nueva Tierra se unió a CL, recuerdo los comentarios que me hacían algunas madres de los que entonces eran chavales. Los hijos volvían a casa contentos pero los padres venían a decirme: «Mucho movimiento, pero mi hijo no hace nada en casa, no estudia, no cuida a la familia». Que el acontecimiento sea totalizante no quiere decir que deba

desarrollarse hasta dar sus frutos de forma inmediata, sin necesidad de tiempo. La chica de la que hablamos ha visto todo lo que tenía que ver, pero esto no es el final del recorrido, no se ha cruzado de brazos, ahora tiene que empezar a comprobar en la vida si lo que ha visto y reconocido resiste los desafíos del tiempo, su ambiente, su historia. Obviamente se verá desafiada por todas las razones que escuche a su alrededor, las de sus amigos y sus familiares, y tendrá que compararlas con su propia experiencia. Cuando el Papa dice que debemos iniciar procesos se refiere precisamente a esto. Estamos ante el inicio de un proceso, que requiere tiempo.

Permíteme ir hasta el fondo de lo que estás diciendo. Cuando yo me doy cuenta de que el Señor no viene a aclararme todo sino a permitirme hacer un camino en la dificultad que tenemos, mucha gente me responde, especialmente en el contexto de la crisis catalana: «Ya, pero la inteligencia de la fe tiene que convertirse en inteligencia de la realidad, y por tanto te lleva a poder decir algo cierto sobre todos los detalles de la realidad. Y sobre la cuestión catalana hay que decir la verdad».

Carrón. ¿Pero cuál es la verdad que se puede decir en este caso? ¿Qué es lo que tú puedes decir sobre la realidad? «Perdónalos porque no saben lo que hacen»: esta es la verdad, el juicio que Jesús afirmaba delante de los que le estaban crucificando. Esta es la novedad cultural, como hemos visto en la experiencia del preso humillado durante un cacheo, que no paga a los guardias con la misma moneda, sino que entiende que le han tratado así de mal porque no han recibido la gracia del encuentro con Cristo que él ha tenido. Su reacción diferente fue posible porque Cristo

estaba presente en su vida. ¡Con todas las consecuencias!

Ciertamente nosotros afirmamos que la inteligencia de la fe implica una inteligencia de la realidad. Sin embargo, no es verdad que el manifiesto que habéis escrito en Cataluña no llegue hasta ahí, hasta una inteligencia de la realidad; llega hasta donde puede llegar en este preciso momento histórico. Justo lo que ha sucedido, la milagrosa experiencia de unidad entre vosotros, que Cristo ha generado, ha dado lugar a otro modo de ver

el problema que todos tienen que afrontar. Una vez más, es el inicio de un proceso. Lo que nos ha testimoniado esta chica lleva en sí una promesa de cambio que es la única esperanza para Cataluña. Citando un gran antecedente, el problema de la esclavitud se empieza a resolver cuando san Pablo escribe desde la cárcel a Filemón para que reciba a Onésimo, su esclavo huido, como hijo. ¿Quién era san Pablo, qué era ese gesto suyo delante de todas las leyes del Imperio Romano?

Este ejemplo lo he puesto en las últimas semanas en muchos sitios, para mostrar la potencialidad de ciertos hechos que suceden entre nosotros, pero la mayoría te dice: «Ya, pero no basta, hace falta “juzgar”, decir sin medias tintas la verdad».

Carrón. Tenemos que entender por qué pasa esto. Una postura así carece del reconocimiento de la situación histórica del hombre y del necesario recorrido de experiencia implicado en el descubrimiento de lo verdadero. Fijémonos en Jesús: habría podido acabar con los que le llevaban a la cruz, habría podido fulminarlos. ¿Y qué hizo? Se dirigió al Padre diciendo: «Perdónalos porque no saben lo que hacen». ¿Esto es decir la verdad o es

Está en juego
si el corazón
del hombre
puede reconocer
la verdad. Sin
el Acontecimiento
no sabes siquiera
lo que deseas.
Tú lo reconoces
solo cuando sucede



Si Juan y Andrés no se hubieran encontrado
con Jesús, no habrían podido experimentar
la correspondencia de esa presencia con su corazón



mentir? ¿Es un juicio verdadero o no? ¿Por qué dice esto Jesús? Porque ahí está sucediendo algo que solo Jesús entiende: Él comprende la situación histórica de los que tiene delante, plenamente consciente de que si no se abren a otra cosa no pueden entender lo que Él está haciendo, es imposible que lo entiendan.

Cuando se reivindica un juicio que “hay que dar”, a menudo se concibe el juicio como ahistórico, como si fuera dirigido a un hombre abstracto, normalmente al margen de la historia. Pero el único hombre que existe es el hombre concreto, el hombre determinado por una historia precisa. Y hay personas que han tenido la suerte de haber conocido el cristianismo y hay otras que no. Para algunos el cristianismo es un hecho presente y para otros no. No existen hombres “genéricos”, al margen de esto: lo demás es una quimera. Jesús habla con los únicos hombres que tiene delante, los de su tiempo. Y estos, como no entendían quién era su Padre porque no habían encontrado a Jesús, como Juan y Andrés –no les había sucedido el acontecimiento cristiano–, no podían darse cuenta hasta el fondo de lo que Él estaba haciendo, ni de la gravedad de sus actos.

¿Eso quiere decir que ese juicio está lleno del deseo de que puedan llegar a comprender?

Carrón. ¡Evidentemente! Si Jesús no hubiera tenido este deseo, ¿por qué entregaría su vida? Estaba dando su vida por ello. En aquel momento habría podido decir: «Ni siquiera mientras doy mi vida por vosotros lo veis, ¿os dais cuenta?». Sin embargo, ni siquiera en ese momento les recriminó. Porque se daba cuenta de que sería una recriminación en abstracto, ahistórica.

Y esto libera. Si no lo entendemos, cometemos una injusticia en nombre del “juicio que hay que dar”, porque juzgamos a los demás como si conocieran el acontecimiento cristiano, mostrando que no somos conscientes de la novedad que ha introducido el encuentro con Cristo: una novedad cognoscitiva, no ética en primer lugar. No somos conscientes del alcance cognoscitivo del encuentro. Lo damos por descontado. Si nos diéramos cuenta de que nosotros podemos vivir y leer la realidad como lo hacemos solo por la gracia de Cristo que ha entrado

en nuestra vida, miraríamos al otro teniendo en cuenta las condiciones en las que está y lo que necesita para llegar a entender.

¡Cuántas veces cometemos una injusticia total en nombre del “juicio”! Por eso no basta decir: «Hace falta un juicio». Y no digo que no haya que juzgar; el problema es si el juicio es verdadero y tiene en cuenta al hombre en su condición histórica y todos los condicionamientos de la historia que pesan sobre él. Porque si no es así, el juicio que yo estoy dando es falso. Por eso San Pablo dice:

«No juzguéis antes de tiempo» (*1 Cor 4,5*), porque no tenemos todos los elementos. Y este es un problema de razón, de concepción de la razón: «Hay más realidades en el cielo y en la tierra que en tu filosofía», escribe Shakespeare en *Hamlet*.

No os extrañe, por tanto, que muchos no entiendan. Si vosotros podéis entender es porque habéis sido alcanzados por un cierto encuentro, habéis experimentado la potencia de los hechos que Cristo genera entre nosotros (como el ejemplo de la chica o la unidad entre vosotros). De lo contrario, por hacer una comparación, sería como si Abrahán fuera a quejarse a Dios: «Me has dado a estos para que entiendan, para que lleguen

Sin esa experiencia de correspondencia, no habrían podido seguir a Jesús razonablemente. Su autoridad venía de fuera, pero ellos la reconocieron gracias a lo que tenían dentro

a una inteligencia de la realidad y siguen igual, no entienden nada». ¿Cómo le contestaría Dios? «Lo sé bien: ¡para eso te he llamado, para que empiece a suceder algo delante de sus ojos!». Sin entender el método de Dios, nos enfadamos con los que no entienden, aunque sean de los nuestros. Tenemos que empezar a entender el método de Dios: Él llama a uno para llegar a otros. Lo decisivo es que haya llegado a uno.

Uno que tenga una conciencia mayor...

Carrón. La misma de Dios, por la experiencia de la fe. Y aquí se ve si nosotros estamos seguros, si partimos de una certeza para juzgar. Me pregunto si el origen de ciertas “posiciones culturales” es este. A menudo, partimos de lo contrario, es decir, de una inseguridad existencial. Y esta ciertamente es incapaz de cambiar la realidad. Aquí entra en juego la fe. Es como si le planteáramos una enmienda a la totalidad al designio de Dios cuando pensamos: «El camino debe ser otro, más incidente; el de Dios es demasiado lento». ¡Quizá haya que dejar abierta la posibilidad de que seamos nosotros los que estamos equivocados! Si no se comprende y acepta el método de Dios, entonces no nos damos cuenta de lo que dos mil años de historia cristiana y nuestra misma historia personal han documentado. Pensamos que Dios en realidad es un poco ingenuo y que tenemos que echarle una mano porque por ese camino no se cambia la realidad. De ahí a la idea de hegemonía –como una vía que nos asegure una incidencia real y experimentable– hay solo un paso...

Aparentemente parece un juicio muy duro porque algunos de entre nosotros, cuando hablan de inteligencia de la realidad, parten del deseo de llegar a un juicio hasta los detalles, que no calle la verdad...

El problema es que se está dando por supuesto qué es la inteligencia de la fe. Lo bueno de la situación de ahora es que el que afirma un juicio sobre la realidad, al que dice acceder desde la inteligencia de la fe, tiene un juicio que es contrapuesto al que hace otro de Comunión y Liberación que vive en otra región.

Carrón. ¡Cuántas veces el llamado “juicio” no se define por la fe, sino por el bando político! Se habla de juicio, pero en realidad no es más que una opción política ya tomada por razones que

no nacen del acontecimiento de Cristo que sucede ahora. Se habla de llegar a la verdad, pero ¿a qué llamamos verdad? En la mayoría de los casos esa verdad es una serie de doctrinas, un paquete de verdades que nosotros ya poseemos y que aplicamos a las circunstancias.

De hecho, se da por supuesta la inteligencia de la fe y luego se sacan las verdades (inteligencia de la realidad) de otra fuente.

Carrón. Evidentemente. Kant también lo había hecho así. Por tanto, lo que algunos identifican como cristianismo es solo una moral kantiana: una serie

de valores universales que se afirman al margen de su fundamento histórico, que es Jesucristo. Es algo que ya decía a mis estudiantes hace años: «Lo que entendéis por cristianismo en realidad es solo Kant». Ahora lo digo con mucha más conciencia.

A veces, en nombre de Giussani, se nos acusa de no juzgar.

Carrón. Esa es la discusión. No es que yo –o el movimiento– no juzgue. El problema es que yo juzgo de un modo distinto. Jesús juzga de una manera diferente. ¿O es que Jesús cuando dice: «Perdónalos porque no saben lo que hacen» no

Que el
acontecimiento
sea totalizante
no quiere decir
que deba
desarrollarse
hasta dar sus
frutos de forma
inmediata,
sin necesidad
de tiempo

está juzgando? Está dando un juicio. Y cuando va a casa de Zaqueo, está dando un juicio sobre él; lo mismo con la Samaritana y con la adúltera. Pero su juicio no coincide con el moralismo dominante de entonces ni con el kantismo dominante de hoy. Aquí surge el problema. Como se hace patente frente al Papa Francisco: todo el día está haciendo juicios, pero sus juicios no coinciden con la mentalidad común. Aquello con lo que don Giussani se peleaba era la mentalidad dominante, que tenemos metida hasta la médula...

Me han llegado a decir que nuestro comunicado sobre la situación en Cataluña es el ejemplo claro de la nada, de la derrota y de la incapacidad del movimiento de emitir un juicio, de estar presente culturalmente. Yo siempre he insistido en que se trata de una nota hecha entre personas de opciones políticas totalmente diferentes y que el hecho diferencial, que no sucede en otros sitios de la sociedad catalana, es que, aunque piensan distinto, están juntas. Y por eso es un milagro que hay que poner delante de todos.

Carrón. No perdáis el tiempo discutiendo. Que cada uno verifique en la realidad el juicio que da, ¡que lo verifique en su propia piel! Que cada uno ponga en juego su juicio, sus opiniones, con los compañeros de trabajo, en Facebook, con los amigos, en familia. Entonces se verá si responde a todo el desafío que el problema mismo implica. Si la verdad de una postura, de un juicio, no se ve en la experiencia, no se convence a nadie, aunque resucite un muerto (lo dijo Jesús en la parábola del rico Epulón).

Lo que estamos considerando nos dice también cuál es el modo de guiar el movimiento. La nove-

dad puede no suceder en nosotros, sino en otros, en una bachillera por ejemplo, como hemos visto: nosotros nos tenemos que hacer seguidores de aquel “hecho” allí donde suceda. Esto es ser responsable. No os pido que suceda en vosotros –ni sería sensato pedirlo–, os pido seguir aquello que sucede, donde sucede, en quien sucede. Cuando Giussani comienza a seguir a los “impresentables” del CLU de Milán en los años 70, escandalizando a muchos del movimiento, toma una opción. Muchos entonces se preguntaron: «¿Pero cómo

puede ser que siga a estos universitarios impresentables?». Para Giussani esa opción era la forma de guiar el movimiento en aquel momento. ¿Y Giussani estaba haciendo un juicio arbitrario, eso era “autoritarismo” porque él podía permitírselo, o estaba obedeciendo, estaba siguiendo lo que el Misterio estaba haciendo suceder? Esta es la cuestión. Porque si nosotros no seguimos lo que sucede, lo que hace Otro, ¿quién decide qué camino tomar? Tendremos a ponernos de acuerdo y buscar un consenso.

Y a eso le llamamos “comunidad”. Podéis llamarlo consenso, compromiso, lo que queráis, pero será solo política. Y yo sería el primero en borrarla.

Tengo una pregunta. Dices que hay que mostrar estos hechos, como el que ha dado pie a este diálogo, porque solo se entienden las palabras por los hechos. En la Jornada de Apertura de curso has citado la carta de una persona que, permaneciendo en todos los gestos, sin embargo ha perdido la alegría y vive un formalismo. Al final has terminado diciendo que la diferencia entre ideología y tradición es que la memoria tiene que vivir de un acontecimiento presente, es decir, que nosotros debemos ser

La milagrosa experiencia de unidad entre vosotros, que Cristo ha generado, ha dado lugar a otro modo de ver el problema que todos tienen que afrontar. Una vez más, es el inicio de un proceso

contemporáneos al acontecimiento en el lugar donde sucede. Pero el chico de la carta podía decir que era contemporáneo, porque estaba ahí, ¿cuál es la diferencia?

Carrón. La diferencia es si este hecho contemporáneo es totalmente determinante, como en el caso de la bachillera, hasta el punto de que te vuelve a abrir el horizonte. Por eso he dicho al final de mi lección que solo quien está dispuesto a dejarse determinar por el acontecimiento de Cristo que se hace presente puede ver nacer todas las dimensiones de la fe justamente a partir de esta novedad. Si un gesto del movimiento no tiene como objeto último suscitar un llamamiento a la memoria de la presencia de Cristo, lo único que consigue es complicarnos más la vida. Uno puede participar en todo y que nada le sirva. Pero esto no es más que una reducción de la experiencia cristiana. ¿Cómo puede uno adherirse a todos estos gestos sin que esto le determine? Giussani dice: «Atención: podemos ir a la Escuela de comunidad, podemos ir a misa... y esto no basta». Pues estoy diciendo lo mismo. Cuando pasa esto, en cambio, es porque la vida del movimiento se ha reducido a un mecanismo: ponemos nuestra confianza en una participación mecánica.

Don Giussani hizo el movimiento precisamente porque la participación mecánica en la vida de la Iglesia de los años 50 con las asociaciones católicas llenas, con las parroquias llenas, no generaba un sujeto maduro en la fe, por el cual la fe tuviera que ver con la vida. En el liceo Berchet se encontró con gente que ya había desconectado de la fe después de unos años de parroquia. Habían crecido en familias cristianas: catecismo, confirmación,

grupos juveniles, todo. Pero esto no había generado nada en ellos. Por eso dice Giussani: «Atención, que a nosotros nos puede pasar lo mismo». Y ha generado el movimiento justamente llamando a la experiencia, a la necesidad de verificar la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida.

Es importante entender que nosotros corremos el riesgo de repetir la parábola de la Iglesia ambrosiana de los años 50. En aquel momento no había ninguna heterodoxia en la tradición ambrosiana, no se ponía en discusión ninguna

verdad en el entorno de Milán, pero la fe había dejado de transmitirse debido a un formalismo que hoy reconocen todos. Y Giussani, ¿qué opone a esto, como método? Podía haber empezado dando de nuevo catequesis. Sin embargo, desafió la experiencia de los chavales que tenía delante. Y propuso el *raggio*. Los chicos preparaban el orden del día y lo distribuían en las clases; luego, durante el *raggio*, Giussani invitaba a hablar solo a partir de la experiencia. Y decía: «No me interesan los pensamientos,

No somos conscientes del alcance cognoscitivo del encuentro. Si nos diéramos cuenta de ello, miraríamos al otro teniendo en cuenta las condiciones en las que está y lo que necesita para llegar a entender

habla solo de tu experiencia». Quería evitar el formalismo, que alguien se adhiriera a GS formalmente. Y como esto era verdaderamente dramático porque quien llevaba el *raggio* estaba allí sin saber por dónde le podían salir, algunos responsables le decían: «¿Por qué no nos mandas un esquema del *raggio*?». Como quien dice: «¿Por qué no me das el discurso porque así yo, que soy adulto, lo puedo comentar, y no tengo que estar ahí esperando a ver por dónde me llega una señal, una sugerencia?». Y don Giussani: «¡Ni hablar!».

Nosotros adultos, ahora, podemos hacer la Escuela de comunidad limitándonos a comentar un



En la Cruz, Jesús comprende la situación histórica de los que tiene delante, plenamente consciente de que, si no se abren a otra cosa, no pueden entender lo que Él está haciendo

texto: así evitamos tener que hablar de la vida, hablar de la experiencia, responder a las preguntas que la gente tiene. Y esto hace que se insinúe el formalismo y comience a extenderse. Si uno hace bien la Escuela de comunidad es imposible que no llegue al encuentro sin una pregunta o salga sin un juicio dilatado. Una vez se hablaba de la esperanza en la Escuela de comunidad. Una persona intervino diciendo: «Yo no tengo esperanza». Se refería a una situación problemática que vivía en su casa. Había hecho todo lo que estaba en su mano por solucionarla y había sido un fracaso. Y me dijo: «No tengo esperanza de que esto pueda cambiar». Hasta ahí hubiera aceptado. Pero el problema es que después me dijo: «He leído la Escuela de comunidad y no ha cambiado nada». Entonces le respondí: «Tú no has hecho ni un minuto de Escuela de comunidad, porque la Escuela de comunidad dice lo contrario. Tú mides tu capacidad de esperanza por tu capacidad de resolver las cosas, de cambiar las cosas. Mientras Giussani afirma que el motivo, el punto de partida de la esperanza es lo que la fe ha reconocido». Afrontando el problema de Cataluña, si para nosotros la esperanza es que mañana podamos cambiar algo, entonces partimos derrotados. Si el punto de partida es lo que hemos reconocido en esta chica de la que hablamos al principio, tenemos toda la esperanza del mundo.

Cuando esta mañana has terminado tu lección he pensado: realmente somos preferidos. Porque uno viene aquí con toda la ansiedad que le crea la situación de Cataluña, la de su casa, la de sus hijos, uno llega aquí con toda su necesidad, y hay un momento en que todo eso sigue ahí, pero cuenta más otra cosa, prevalece otra cosa. A mí es lo que me interesa.

Y dentro de ese prevalecer otra cosa has dicho esta mañana algo precioso que es lo del dato y las imágenes. Me doy cuenta de cómo he perdido el tiempo esta semana mirando las imágenes, los periódicos respecto de Cataluña. Dominaba una impresión. Frente a esto tú dices: si no haces un espacio para que repose lo que nos decimos, te conviertes en tertuliano.

Algo tiene que pasar delante de nosotros porque si tú no lo ves... Tienes que estar delante de la bachillera; si no, sigues con tus esquemas.

Tenemos
que empezar
a entender el
método de Dios:
Él llama a uno
para llegar a otros.
Lo decisivo es
que haya llegado
a uno

Carrón. Exactamente. La bachillera es el punto de partida, el hecho que me llena de silencio. Un silencio cargado de este hecho que es asombroso que suceda. Si no tenemos necesidad de silencio no debemos achacarlo a la falta de piedad: es que no sucede nada que nos haga callar de una vez. Este verano un universitario, en un encuentro de responsables, me contaba un acto que tuvieron durante las vacaciones comunitarias con una persona muy conocida. Él estaba llevando el acto y se dio cuenta de que tanto él como el invitado ya no iban a salir como habían entrado, tal era la intensidad humana del encuentro. Y decía: «Esto solo se explica porque Él está presente: está si actúa». Me decía que normalmente cuando acaban estos actos se va a tomar una caña con los amigos a comentarlo. Esta vez no pudo: «Me tuve que ir a mi habitación para hacer un rato de silencio». Un universitario que desde el impacto con la realidad de lo que sucede reconoce a Cristo y esto le llena de silencio, sin solución de continuidad. La cuestión es si nosotros tenemos la paciencia de educar personas así, que no viven fragmentadas. Si no, el silencio será un añadido solo para los piadosos, para los que no tienen muchas cosas que hacer.



Se habla de “juicio”, pero en realidad no es más que una opción política ya tomada por razones que no nacen del acontecimiento de Cristo que sucede ahora

Ayúdame a afrontar el mal objetivo que veo en estas semanas. Todo el problema que estamos viviendo está generando un mal, un daño indudable, entre amigos, en familias, con expresiones de odio, reactividad. Me produce mucho dolor. El mal existe, hace mal, y tendríamos que ser capaces de decir: «Esto es un mal».

Carrón. Aquí hay algo decisivo: ¿cómo reaccionamos nosotros delante de este mal? Dios tendría todos los resortes en su mano para parar el mal y no lo hace, y esto nos escandaliza. ¿Significa que a Dios le interesa menos esta circunstancia, o más bien sabe que nuestras reacciones no generan la respuesta, no mueven al otro? ¿Pensamos que Dios es un ingenuo porque pretende cambiar el mundo muriendo en la cruz? ¿O más bien es el único que no se deja envolver por la espiral de la violencia?

El mal hace mal, como tú dices. Y esto ciertamente deja heridas, hace mal. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Qué es lo que hemos visto en Jesús? En Él, el mal no vence, la herida que le ha provocado el mal no le ha llevado al odio, a la violencia.

Ni siquiera dijo: «No importa, no es tan grave», sino: «Perdónalos porque no saben lo que hacen», «Si es posible que pase de mí este cáliz». No tuvo que edulcorar el mal o mirar para otro lado para poder hacer esa afirmación. Una vez que tú dices «esto es malo», ¿qué es lo que hace posible que el mal no venza en ti? Gracias a su relación con el Padre, el mal no venció en Él. Jesús rompió la espiral del mal. Si nosotros dejamos de mirar cómo el mal no venció en Jesús, entramos de hecho en la misma espiral que llevó a la Guerra Civil. O que puede llevar a una fractura peor.

Es como lo de quién empezó primero. No sirve, no ayuda.

Carrón. Exacto.

Aunque tú tengas toda la razón, no sirve.

Carrón. La cuestión es que para que el otro la pueda reconocer y pueda dar un paso, hace falta que yo le ponga delante otra cosa que sea absolutamente más fascinante que “su” razón, como le ha pasado a la bachillera que mencionabais al principio. Si no hubiera visto lo que pasó en Madrid esos días, esta chica sería una víctima más de la ideología, una persona tentada por la violencia, a pesar de sí misma. La clave es si sucede algo, un acontecimiento, que sea más determinante que la ideología. Esto nos parece ingenuo, parece poca cosa respecto a toda la propaganda que han sufrido estos chavales durante meses, porque el poder tiene una capacidad de propaganda que nos desborda...

La propaganda es bestial.

Carrón. Es bestial, pero nos provoca a comprender mejor qué significa esa afirmación de don Giussani cuando dijo que cuanto más duros son los tiempos más es el tiempo de la persona. Es un desafío cultural para nosotros, que pensamos que la única alternativa es un contraataque al mismo nivel. Decidamos: o Giussani no se enteraba, es decir, era un ingenuo total al decir estas cosas, o es el único que cree verdaderamente en el yo, en el hecho de que el yo no está totalmente determinado por los factores históricos antecedentes –en lo que se refiere a la chica catalana, por la ideología mamada durante años–, sino por la conciencia generada por el acontecimiento cristiano que tiene de sí mismo. Exactamente como le ha pasado a esta chica...

Quando
Jesús dice:
«Perdónalos
porque no saben
lo que hacen»
está dando un
juicio. Pero su
juicio no coincide
con el moralismo
dominante